

## ***Levanta el corazón de las profundidades a las que ha caído***

(Matías Castro Arias)

La otra noche tuve un sueño de seis partes. Todo ocurría en cuatro espacios: el gimnasio y el patio chico de mi antiguo colegio, la biblioteca y otro lugar, una especie de oficina abarrotada de cubículos grises, que asumí pertenecía a una parte que desconocía pero perteneciente al mismo lugar. En estos espacios se movían varios personajes: mis compañeros de colegio, mis amigos de adulto, algunos colegas y familiares. La primera parte comenzaba en el patio chico. Estábamos junto a una llave de agua, donde habitualmente había conectada una manguera que se perdía entre las plantas de la jardinera. En el sueño no era así. Yo era mayor, pero mis compañeros de curso seguían estando en segundo o tercero medio. Uno de ellos movía la llave y esta, por más vueltas que

diera, era incapaz de devolver siquiera una gota de agua. Otros lo observaban. Reconocí a Gutiérrez y al gordo Mercado, jóvenes y hasta vivaces. Preocupados de este asunto insignificante mientras a su alrededor un montón de personas se reunían a conversar y caminaban de acá para allá. Me moví a un lado y por momentos me perdí entre la gente. Se formaban grupos y recuerdo haber ingresado en uno. Todos usaban poleras blancas y en un movimiento instantáneo empezaban a acomodarse en el suelo. Nos sentábamos a esperar que sonara el timbre.

En la segunda parte ya me había movido a la biblioteca. Avanzaba por el pasillo siempre oscuro que me llevaba hasta el portal iluminado de ese pequeñito espacio. Tocaba los bordes de una puerta tratando de adivinar qué había más allá y pronto dejaba atrás esta incógnita, impulsado por la fuerza del inconsciente hacia un par de miradas que me esperaban en la biblioteca. Asomado en el portal veía a dos mujeres adultas, a quienes reconocí como colegas de un antiguo trabajo. Estaban aún jóvenes, a pesar de que en otra dimensión las vi envejecer. Al percatarse de mi presencia murmuraban algo para sí mismas, como si pertenecieran a una sola entidad, y luego me llamaban por mi nombre, en voz alta. Yo hacía como que

miraba para otro lado, lleno de vergüenza por sus palabras y, más todavía, por mi gesto ridículo. Y dándome una vuelta breve por la biblioteca, simulando atención hacia los detalles de la pared, emprendía la retirada del lugar, perdiéndose a la distancia el rumor que una vez era mi nombre y luego, pasos mediante, un ruido casi imperceptible.

Entonces volvía al patio chico y empezaba la tercera parte del sueño. Paseaba por el lugar en toda su extensión preguntándome dónde se habían ido todas las personas, por qué ese lugar estaba tan vacío. Me preguntaba si estaba ahí para estudiar o para trabajar. O si acaso lo visitaba solamente. Nada había cambiado y hasta la esquina más insignificante permanecía igual a como cada cierto tiempo la recordaba en mis momentos de mayor lucidez. O debilidad. Volvían como aves patagónicas que se empeñan en dar la vuelta al mundo, por placer, algunos recuerdos y deseaba tener la fuerza para repetirlos. Y dominar el sueño. Pero todavía no entendía que era tal.

La cuarta parte fue mi favorita. Dejaba el patio y me adentraba en una oficina que nunca vi en el colegio, pero que asumía como parte de este. Al reconocerla me enteraba que yo era un trabajador, que seguía haciendo clases, como en mis mejores

años de juventud. Tal como los otros yo también había recuperado edad y notarlo me emocionaba. No me importaba mucho que la oficina estuviera tan desordenada, que los cables de los computadores se enredaran en cien vueltas y las rumas de carpetas se apilaran caóticamente, porque entre todo eso me pillaba a una sola persona trabajando y eras tú y yo te preguntaba dónde estaban mis cosas porque mira el desastre que había y tú movías los hombros como diciéndome Sepamoya. Nos acercábamos y nos saludábamos. Nos confundíamos y nos reconocíamos. Y anhelábamos un futuro que parecía, finalmente, plausible, deseo que se reveló una vez que tuvimos la oportunidad de mirarnos por horas, sin pestañear ni distraernos.

Durante la quinta parte seguíamos juntos. Caminábamos por el patio chico. Yo no quería estar ahí, porque así como antes empezaba a aparecer un montón de gente y cada tanto alguien se interponía entre nosotros y cortaba ese fino hilo que nos había unido por momentos que parecieron etéreos en la oficina del desorden. Entonces nos separamos, pues muchas personas, los amigos de infancia, los compañeros, los colegas, adultos, niños y entidades transparentes, colmaron la escena y me empujaron al gimnasio del colegio, donde se preparaba

algún tipo de acto al que todos querían asistir.

No te vi más. En la sexta parte estaba en el gimnasio y todos se veían felices. Los abrazos se multiplicaban, los brazos en alto y los gestos de exaltación. Alguien me pegaba unas palmadas en el hombro y me impulsaba a celebrar, pero yo seguía aturdido. El ruido crecía y en un punto culminante del alborozo un tipo caminaba al centro del patio. Lo reconocía. Nunca supe cómo se llamaba, pero lo vi muchas veces, y saber quién era me dio a entender el motivo de la celebración. Entendía que yo no era el protagonista del sueño y que el único momento en que el foco estuvo sobre mi fue en la oficina. Y que así como llegó, se fue. Esta revelación me incomodó y traté de moverme entre el gentío. Entre tantos conocidos que se comportaban de formas que me parecían tan inentendibles. Pero no podía y escuchaba que el tipo este comenzaba a hablar y que alguien, entre la multitud, le gritaba que se pusiera de pie, como broma porque era un petiso, por supuesto, y al volver la vista advertido por las risas generales, escuchaba un ruido profundo que no llegaba a interrumpir la alegría de ninguno de los que estaban allí, pero sí les quitaba un resto de color, eliminaba sus límites y, avisando que se acababa el sueño, los transformaba lentamente en una nube de gas que en cosa de instantes reconocí como mi casa,

Andrómeda.

Viajando a trescientos kilómetros por segundo recordé estas seis partes, con un dulce sentido de extrañeza y la ilusión de que alcanzado cierto punto pudiera volver a dormir y adentrarme así, otra vez, en una vida que ya fue. Por lo pronto, no quedaba más que deambular entre los brazos de la espiral y contar los cientos de millones de sueños que tendría hasta descubrir si esa remota promesa de colisionar nos permitirá reencontrarnos o se convertirá en un retrato doloroso de todo lo que tristemente nunca llega a pasar, del cual no podremos desviar la vista. Por más que lo queramos.

*Concepción, 23 de Octubre de 2020*